

¿Sabes? Me gustaría volver al pasado. Tal vez no para siempre, sólo por un instante. Una milésima de segundo, que me permitiera coger de nuevo tus manos pálidas entre las mías, para que en tu vida nunca más existiera el invierno. Ensillar de nuevo mi vieja bicicleta y pedalear sin descanso hasta aquella feliz infancia a tu lado, que se me figura apenas unos años después, siglos atrás, inalcanzable en el tiempo. Un arco iris borroso que se difumina al paso de la tormenta.

¿Sabes? Quisiera adelantarme al presente y volar con las alas extendidas sobre las vastas y verdes colinas, sin descanso, hacia el futuro. No para quedarme contigo, al menos no todavía. Tan sólo para echar un vistazo y comprobar que estás bien, que en tu nuevo hogar las nubes son tan suaves que parecen hechas de algodón y seda china, que los dolores que sufriste se han desvanecido como pompas de jabón al contacto con el cálido viento alisio y que todo cuanto te rodea es dúctil y maleable. Que al final han sido justos contigo.

¿Sabes? Quiero contarte una historia. Así, cada vez que la leas, recordarás lo mucho que te extraño y que añoro tu sonrisa, esa media luna plateada que refulgía como una estrella en mis noches más sombrías. Luna, que de forma inconsciente, tintineaba en un cascabeleo ideal siempre y en todo lugar, como si no conociera la pena. Luna lunera.

Así que escucha atenta, porque esta historia está plagada de retazos apenas perceptibles, de emociones que vacilan suspendidas en el aire, de latidos rítmicos que marcan el compás de una época que fue, sin duda, la más dichosa de mi vida.

“Recuerdo que siempre celebrábamos juntas el día de nuestro cumpleaños. Tú naciste un día seis de noviembre y yo, caprichos del destino, veinticuatro horas más tarde, pero más de medio siglo después. Tal vez el ser casi gemelas astrales, aunque separadas en el tiempo, hizo que entre nosotras existiera desde el principio una conexión mágica y singular, una complicidad prodigiosa que con el paso de los años se fue afianzando y consolidando como el árbol que asienta sus raíces y deja que viajen sin tregua para crear su propio laberinto subterráneo. O tal vez, ese vínculo se debió, simplemente, a que fuiste una persona extraordinaria

Desde el preciso día en que llegué al mundo llorando desconsoladamente y con el rostro tintado de escarlata, tú te convertiste en el motor que cada mañana impulsaba mi vida hacia delante, sin titubeos, sin que jamás se le pasara por la cabeza dejar de funcionar. Eras el arcángel que oculto tras su forma humana velaba por mi felicidad, trazaba el camino más seguro a seguir, borraba las huellas que no debía volver a pisar y guardaba bajo llave aquello que pudiera dañarme, para que no fuera consciente de todo lo malo que habitaba a mi alrededor

·  
Mi infancia son recuerdos de dos casas, la casa en la que viví y aquella en la que me crié. Dos mundos impregnados de un olor tan corriente y familiar como indescriptible.

Ese aroma se encuentra tan afincado en mí que si cierro los ojos y aspiro lentamente, puedo sentirlo irrumpiendo como una tromba en todos mis sentidos. Tú hacías que todo funcionara a la perfección, como una maquinaria indestructible y todopoderosa que marcaba el ritmo de nuestra familia con un tic-tac risueño y jubiloso. Y sabes que, cuando un reloj se para, todo cuanto te rodea se trastoca.

De modo que las cosas podrían haber sucedido de cualquier otra manera y, sin embargo, sucedieron así. Alguien decidió que ya era suficiente el tiempo que la vida me había concedido bajo tu manto de protección y a partir de ese momento debía continuar sola. Debía comprender por fin, como no había hecho antes, que se puede sufrir y llorar de puro dolor, de rabia y de impotencia y que como siempre han predicho los sabios, nada es para siempre. Debía crecer, destruir mi coraza infantil y abocarme al mundo real. Debía contemplar como tras cada una de esas horribles sesiones tus fuerzas flaqueaban y los huesos comenzaban a devorar como la carcoma la suavidad de tu piel. El resto, vida mía, ya lo conoces. Lo conoces desgraciadamente, mejor que nadie, aunque hubiera dado cualquier cosa para evitar tu calvario.

¿Sabes? Durante estos años de tu ausencia he revivido con sorprendente nitidez miles de historias pasadas. A veces son sólo imágenes, pero bastan para calmar ese miedo a olvidarme de ti que me atenaza cuando el tiempo se vuelve un enemigo implacable. Una copa de leche merengada, la canela inundando el paladar, mientras observamos la inmensidad del Mediterráneo. El ardor del brasero bajo la manta en las tardes de invierno después de comer, antes de volver a mi rutina de las clases. El día siete de noviembre, en el cálido y abarrotado salón, soplando la llama anaranjada de las velas al mismo tiempo y riendo cuando papá hace explotar el corcho impregnado de olor a sidra. Juguetes y libros, vestidos de lana hechos a medida para las rubias muñecas, el clic de las agujas de ganchillo, los dulces y galletas que me esperaban en el cajón de debajo de la televisión, el colorido que inundaba el aire cuando desfilaban las carrozas en la cabalgata de feria.

¿Sabes, Aurora? Nunca he escrito sobre esto, ni he pronunciado más de dos palabras seguidas en relación a mis últimos recuerdos, ni a los últimos sentimientos y sensaciones que me invadían cuando, con el corazón sangrando en un puño, veía lo que el tiempo había hecho contigo. Cuando, sin ánimos para negar la evidencia, trataba de aceptar en vano la realidad de que el color rosado de tus mejillas, los dorados bucles en tu cabello, la chispa azulada de ese iris tuyo que fundía la mirada, nunca volverían a renacer. Pero si hay algo que aprendí de ti, algo que quedó marcado a fuego en mi pecho y en mi alma y que trato de llevar a cabo cada día, es la valentía. Ser valiente para enfrentarse a lo que más duele, y ser capaz de cerrar las heridas aunque aún estén demasiado frescas y luchen por desgarrarse. Ser valiente para salir adelante, por mí y por los míos. Ser valiente para recordar en lugar de olvidar, porque a veces el tiempo nos vuelve más cobardes. Ser valiente para ver, desde el fondo de mis quince años, que no debo esforzarme en fingir que la muerte no existe, sino que debo plantarle cara y no perder el tiempo buscando la felicidad eterna. Esa es la ley que tú me enseñaste. Ser valiente. Aunque hay algo más importante, ¿verdad abuelita? El amor. El amor.